

XIII

PRELIMINARES DE DUELO

Al llegar al centro del juego de pelota detúvose Carlos de Entragues, y preguntó á aquel cuya defensa había tomado :

— ¿Supongo, caballero, que contáis ya con algunos lances en vuestro activo?...

Como si saliera de un sueño, Sed de Amor contestó con cierto embarazo :

— Si por lances entendéis las estocadas que me ha sido dado distribuir en distintas ocasiones á espada-chines y á rufianes, creo que, en efecto, algunos tengo en mi activo.

— No, caballero; hablo de duelos.

— ¡Ah! en ese caso, tengo el sentimiento de manifestaros que á ese respecto, estoy completamente virgen.

Luego añadió sonriendo :

— ¿Teméis acaso que me porte mal sobre el terreno?

Pues debo advertiros que me tiene sin cuidado el famoso golpe que el maestro La Fraicheur parece haber enseñado á mi adversario.

El entrecejo de Entragues habíase contraído.

— Ya lo sé; — murmuró. — La loca temeridad de que habéis dado prueba llegando solo y cruzado de brazos á desafiar en su propia casa á una docena de duelistas, habla muy alto en vuestro favor... Pero una cosa es cerrar contra los villanos, y otra muy distinta caer en guardia contra gentileshombres acostumbrados á esta clase de pasatiempos.

Bernardo preguntó impaciente :

— ¿Tendréis acaso, señor conde, la intención de no apadrinarme?

— ¡Libreme Dios de semejante idea, caballero! Y ved — añadió noblemente de Entragues — que hago caso omiso de vuestras palabras en las que se advierte una sospecha que no merezco.

— Perdonadlas, conde.

— Lo están ya. Y sabed que si os interrogué como lo hice fué obedeciendo á razones elevadas. Sin duda ignoráis que las actuales condiciones para los duelos son terribles, y que si falta rango á uno de los combatientes, esto solo, puede hacerle perder la partida. Ahí está Chicot que puede decir si estoy ó no en lo cierto.

El enano, reuniéndose con ellos, hizo un signo afirmativo.

— ¡Cuerpo del diablo! — exclamó Sed de Amor enrojándose. — ¿Qué reticencias son esas, señor conde?

No creí que se precisara tantos discursos para

De Entragues le interrumpió :

— ¿Confesáis que es este vuestro primer duelo? — dijo.

— Sin duda. Pero no creo que eso sea una mancilla. Principio quieren las cosas.

— Indudablemente; pero...

— ¿Pero qué?

— Escuchadme; — dijo de Entragues procurando hacerse comprender de Bernardo, sin herir su susceptibilidad. — Cuando yo me batí por primera vez, había tomado lección de Bussi d'Amboise.

— Y yo del barón de Vittaux, — dijo Chicot, — quien tuvo á bien enseñarme su temida respuesta.

— Lo cual quiere decir que heriríais á vuestros adversarios sin duda; — preguntó Bernardo.

— El mío murió en la semana que siguió al lance.

— Y el mío, que sin duda tenía más prisa, — añadió Chicot — ni siquiera tuvo tiempo de decir Jesús.

— Bueno; pues recibid, señores, mis felicitaciones por tan brillantes comienzos; — dijo Bernardo con tono burlón. — Y como yo no he conocido ni á Bussi d'Amboise ni á Vittaux, haré modestamente lo que pueda; y me atrevo á aseguraros que no tendréis por qué avergonzaros de un debutante como yo.

La perplejidad del conde de Entragues era comprensible. Era entonces tan activo el papel que desempeñaban los padrinos en los duelos, que se procuraba escoger siempre esgrimistas consumados, los cuales á su vez no aceptaban el cargo si el que les honraba con él no era asimismo un maestro en el manejo de la espada.

La falta de valor ó la inexperiencia de un solo combatiente, podía determinar la derrota, la vergüenza, y á veces la muerte de los demás.

En el caso que iba á ventilarse, el examen que hubiera podido hacerse de los testigos quedaba en segundo término, puesto que era el provocador, el combatiente principal, quien no obstante su valor y su energía, bien por inexperiencia, bien por cometer una falta no prevista, podía inclinar la balanza en favor del campo opuesto.

Discutían pues los tres nuevos amigos, cuando se les unieron Riverac y Mercœur, llevando siempre del brazo á Schomberg.

Chicot, en breves palabras, les puso al corriente de la dificultad.

— ¡Bah! — exclamó el beodo. — La profundidad de la copa no debe preocuparos. Una vez escanciado el vino, yo lo bebo siempre.

Esta frase salvó la situación. Los dados estaban echados : había que jugarlos. Tratábase pues de proceder á la elección de los padrinos. Y como Jorge de Schomberg se hallaba en un estado muy excepcional, aún bajo el imperio de la bebida absorbida, Chicot solicitó el honor de reemplazarle.

— Schomberg, — dijo — es demasiado grandote, gordo, y además está lleno; comprometería pues nuestra dignidad, caballeros, á pesar de sus proporciones de tonel; en cambio yo soy pequeño, no obstante lo cual os seré útil, ya lo veréis.

La proposición del enano fué aceptada en vista de

que Schomberg carecía de la elasticidad necesaria para las empresas de armas.

En el fondo del espacio consagrado á juego de pelota, y como cerrándolo, había una casita de madera, en la que se guardaban los útiles propios del juego sirviendo además de residencia al guardián, quien dejaba siempre la puerta abierta, sin duda por el ningún valor de lo que hubieran podido robarle.

— Ahí viene de Epernon; — anunció Mercœur. — Ahora sale de la garita y se acerca á nosotros.

Así era en efecto. Llegado á la distancia de tres pasos, de Epernon saludó cortésmente á Sed de Amor y á sus nuevos amigos, y luego, alargando el brazo al extremo del cual balanceábase su sombrero adornado de plumas, dijo gallardamente :

— Señores; los señores de Nemours y de Maugiron me envían para deciros que se hallan á vuestras órdenes.

— Somos nosotros los que estamos á las tuyas; — se apresuró á decir el caballero, acertando con la frase precisa de la exquisita galantería empleada en estos casos.

— Añadiré, — continuó el enviado — que du Gaz y yo estamos á la disposición de aquellos de entre vosotros que quieran hacernos el insigne honor de responder contra nosotros.

— Conde, — preguntó de Entragues. — ¿No os parece inmejorable este terreno que pisamos? El suelo está bien unido, la hierba no es alta, y sobre todo, tenemos aquí el hotel de Villanueva para abrigarnos contra los rayos del sol...

Antes de contestar examinó de Epernon el suelo como buen conocedor, y miró luego en todas direcciones.

— Sea; — dijo al cabo de un momento. — Voy á comunicar á esos señores vuestro amable ofrecimiento.

Dicho esto tomó de nuevo el camino de la casuca de madera en la que había tenido lugar la elección de padrinos entre los miñones de Enrique III.

Muy absortos debieron estar los interlocutores en el corto diálogo que acabamos de reproducir, para no ver cómo el hombre de la capa, aquel á quien Fiamma diera el título de maestro, luego de abandonar la esquina del Hotel tras la que se hallaba oculto, fué á buscar el abrigo de unos zarzales situados en las inmediaciones del terreno escogido para el duelo. Llegado allí el singular personaje, se encogió, incorporándose por decirlo así á la naciente verdura del zarzal.

Sed de Amor dióse á pasear, tranquilo. Arreglados los preliminares del duelo, el joven esperaba el combate ocupado en resolver un problema que acababa de plantearse en su mente. ¿Debía ó no matar á su adversario?

— No obstante su estúpida fanfarronería de gentilhombre sin corazón, — pensaba el joven, — creó que debo dejarle con vida, limitándome á darle una buena lección. El hombre se me parece mucho, tanto como ese Sed de Sangre de quien me habló Cortomontel, atribuyéndome sus felonías... ¿Quién sabe! Tal vez es algún pariente mío... Porque yo debo tener alguna familia, aun cuando no la conozco...

— Conde, — dijo luego acercándose á de Entragues

y tomándole un brazo, — ¿conocéis bien á ese señor de Nemours?

— ¡Famosa pregunta en verdad, caballero!

— ¿Es eso decir que os parezco indiscreto?

— De ningún modo. Conozco á Rolando hace algunos años; exactamente desde la época en que presentó al Parlamento una demanda para ser puesto en posesión de sus bienes y títulos.

— ¿Es de origen bearnés? — siguió preguntando Bernardo.

— Seguramente, puesto que nació en el castillo de Astaffort, una especie de nido de águilas que se alza en un promontorio escarpado, cuyas ruinas dominan aún la orilla derecha del Gers.

Bernardo meditaba, como si hiciese un llamamiento á sus recuerdos.

— Astaffort... ruinas... el Gers... he ahí tres palabras — decía — que me impresionan sin saber porqué.

Y luego, en voz alta, preguntó á su amigo:

— ¿Le habéis visto peinado siempre como lo está ahora?

— ¿Quién? ¿Nemours?

— Sí; ¿podriais garantizarme que cuando os encontrasteis con él por la primera vez llevaba ya esa mecha que le cae sobre la frente?

— Si he de seros franco os diré que no di nunca gran importancia á la interpretación que cada uno da á la moda; pero tengo para mí que debemos estar agradecidos á Nemours de su originalidad capilar, puesto que ella nos permite distinguirlo de vos.

— De modo que no recordáis...

— No podría asegurarlo, pero me parece mucho que siempre le he visto esa mecha.

En este punto del diálogo intervino Chicot.

— ¿Estás seguro de lo que afirmas, Entraguet? Yo no; pero en fin, el caballero podría pedir noticias de eso á cierta personita, mucho más competente que nosotros en la materia.

— Y esa persona es...

— Lo condesa Ayela de Givors.

— ¿La querida, sin duda, del señor de Nemours? — preguntó Bernardo.

— Decid mejor una de sus queridas; la primera por orden de antigüedad, y aquella á cuyo regazo vuelve generalmente el infiel después de cada una de sus escapatorias. No sé, — añadió Chicot — yo creo que debe existir entre ellos alguna misteriosa alianza...

— ¿Dónde me seria posible encontrar á esa dama? — preguntó Bernardo cada vez más intrigado.

— En cualquier parte menos en su Hotel; su marido, el señor de Givors, comete la torpeza de mostrarse celoso de todo el mundo, excepto del que se la pega diariamente.

— ¿Dónde entonces?

— La antecámara regia, — dijo de Entragues — es un excelente terreno neutro. Y si...

— ¿Si qué?

— Si uno de nosotros dos sale de aquí con vida esta mañana...

Sed de Amor tuvo un gesto de supremo desdén. En su concepto la victoria era indudable.

— ...ese se encargará de presentaros en el Luvre al señor de Guisa, quien se alegrará mucho de vuestra llegada; — terminó el conde tocando con el dedo, tal vez sin darse de ello cuenta, ó bien intencionadamente, la rama de muérdago en flor que adornaba el sombrero de Bernardo. Luego añadió :

— El señor de Guisa os presentará personalmente al rey.

Sed de Amor había observado el gesto del conde y se disponía á pedirle una explicación acerca del mismo, cuando el nombre del rey le distrajo, variando el curso de sus pensamientos.

Pensaba el caballero que en el caso de que no consiguiera libertar, como se lo proponía, al gran marqués y le ganasen la partida los asesinos apostados en Vincennes, á nadie mejor que á Enrique III podría pedir justicia contra los matadores del padre de Solange. De ahí que fuese grande su contento al reflexionar que sus amigos facilitaban su tarea, presentándole á un príncipe reputado por su despotismo y su intransigencia cuando solicitaba algo del trono.

— ¿Creéis acaso, señor conde, que el de Guisa no pondrá dificultades para hacerme tal merced?

— Es cosa concedida de antemano, caballero, — dijo de Entragues — á no ser que se opongan...

— Mammouth el rojo, — dijo Mercœur terciando en la conversación.

— O About Nadarah — añadió Riverac.

— O Salem-Kebir, — concluyó Chicot.

Sed de Amor sonreía oyendo aquella letania de nombres exóticos; pero viendo la formalidad con que eran pronunciados, preguntó :

— ¿Tan poderosos son esos señores?

— El primero es mago de su majestad.

— ¡Un brujo!

— El segundo astrólogo de la reina madre.

— Un hijo del diablo sin duda, — bromeó Bernardo.

— Y el tercero, — dijo Chicot, — físico del Canciller.

— Por mi salvación, señores, que no sé si sueño ó si estoy despierto. Si no os he comprendido mal, — añadió el caballero — en la corte de Francia está el Corán en mayor predicamento que la Biblia...

Sus interlocutores inclinaron la cabeza en señal de asentimiento.

Extrañábase Bernardo de que el rey cristianísimo, su madre y su ministro, se entregasen por entero á prácticas reprobadas en Roma por el jerarca de la Iglesia católica, y se doblegasen á los caprichos de tres orientales cuya audacia estaba muy por encima de sus merecimientos. Y estaba muy ajeno, al departir acerca de esto con sus amigos, á que allí, muy cerca de ellos, el misterioso personaje de la capa no había perdido una sola palabra de la conversación de los jóvenes, quienes si hubieran podido ver sus ojos, habríanse sorprendido de la expresión sarcástica que los animó un instante, al ser nombrados los tres heréticos.

El hombre de la capa, protegido por la zarza que le

ocultaba, tenía la vista clavada en Bernardo de Arma, y hubiérase dicho que admiraba su continente y que aprobaba cada una de sus palabras y cada uno de sus ademanes.

— ¡Excelente muchacho! — murmuraba. — Mucho me satisface que la casualidad le haya deparado la amistad de esos jóvenes, que también valen mucho: de Entragues y Chicot... Verdad es que son inexcrutables los designios de Dios. ¿Cómo había yo de prever que ese leonzuelo iría á fijarse en las cercanías de Bonaguil, donde había de trabar relaciones con la hija de Jacobo? ¡Ese muchacho la ama! Bueno es saberlo. En cuanto termine la misión que me impuse, y creo que no está ya lejana la hora de mi pública justificación, procuraré favorecer esos amores, porque la hija de María y de Jacobo es con seguridad digna de tan bravo joven... Con tal que la suerte le favorezca hoy... Si: la Providencia, que se ha mostrado clemente con él, no puede abandonarlo ahora, en el momento supremo... á él, que defiende la causa del oprimido contra el opresor, y que tiene como adversario á ese salteador de cuarteles de nobleza *al hombre de la cara robada*... ¡Ah! si el bravo marcebo desfallece, ¡guay del otro! ¡Yo estoy aquí!...

Esto diciendo, el extraño personaje levantó uno de los paños de su capa, sacando luego del cinto tres ó cuatro tallos de caña que unió entre ellos por los extremos. Luego, de un bolsillo de la sobreveste sacó un estuche conteniendo algunas cápsulas de vidrio, deslizando con cuidado una de ellas en la parte hueca del tubo vegetal al que colocó horizontalmente, dirigiendo uno de sus

extremos hacia el sitio en que iba á verificarse el combate.

Tomadas estas disposiciones, pareció recobrar su tranquilidad de espíritu el enigmático espía.

— ¡Admirable instrumento! — pensaba. — Tan admirable como este proyectil envenenado. No hay mosquete comparable á este tubo que desdeña la pólvora, ni bala que valga lo que esta ampolla de veneno. ¡Admirable poder el de la ciencia!

El instrumento en cuestión no era otra cosa que una cerbatana, y la ampolla contenía un veneno violentísimo.

Comenzaron en esto á aparecer los miñones del rey saliendo de la casuca del guarda. Era pues cuestión de aprovechar los dos minutos que faltarían para dar comienzo al duelo, poniendo al neófito combatiente al tanto de los golpes y paradas que toleraban el uso ó la costumbre. Hecho lo cual en pocas palabras, añadió de Entragues:

— Caballero, ¿me será permitido rogaros que me autoricéis á que cambiemos de adversario?

— ¡Qué oigo! — exclamó el de Arma. — Sin duda habláis en broma, señor conde. ¿Se acostumbra aquí á ceder la mujer propia al vecino que ofrece la suya en cambio?

— Cierto que no; pero eso no quiere decir que, aunque no muy frecuente, sea desconocida la mutación de adversarios. Esta se admite sobre todo, cuando como hoy sucede, el gentilhombre que se bate por primera vez tiene como adversario un refinado de marca;

y Rolando de Nemours es el rey de los refinados.

— ¿Conque el rey?... Lo cual quiere decir que voy á luchar contra un rey... ¡Qué honor para mí! Pero vamos á ver : explicadme el sentido que dais á esa palabra *refinado*... Y no os burléis de mi ignorancia, porque vengo de muy lejos.

— Lejos de mí la idea de burlarme, caballero; — dijo el conde — vuestra pregunta me parece muy natural. El refinado es una especie de maníaco de las armas, que se bate con más frecuencia aún de lo que come, y con cualquier motivo, por el pretexto más insignificante, y aun á veces sin pretexto alguno, sólo porque así le place... Tales el refinado.

— Por lo demás, ¿un perfecto caballero?

— Tal es al menos su pretensión.

Viendo avanzar á la cohorte de favoritos del Louvre, observó Bernardo :

— Elegantes calzones rojos los del señor de Nemours.

— Tened la seguridad de que su camisa es del mismo color, — dijo el conde. — Es un refinamiento más. La sangre que puede escaparse de las heridas se nota menos sobre las camisas rojas.

— Y el hombre puede morir gallardamente.

— Ese es un recurso extremo que no emplea nunca, porque mata con más frecuencia de la que se deja matar.

— Gracias mil por tales detalles, señor conde; ya comprenderéis que mi desesperación sería grande si hubiera de cederos rival tan escogido.

— Sin embargo, caballero, reflexionad...

— Ya lo he hecho; pláceme en gran manera el rey de los refinados y lo guardo para mí.

Aunque prevista por él, esta decisión contrarió á de Estragues, quien no auguraba bien del resultado del duelo por serle sobrado conocida la habilidad de Nemours en el manejo de las armas. Resignándose sin embargo :

— Pasemos, — dijo — á un rápido examen de vuestras herramientas. ¡Diablo! esta espada pesa más que la de los antiguos capitanes... Ni que hubieseis hecho la adquisición de la Tizona del Cid ó de la Durandal de Rolando, el otro... Pues ¿y el puñal? — exclamó el conde apreciándolo como buen conocedor. — ¡Vaya una guarda bien entendida! Pero ¿para qué sirven estos extremos retorcidos y los agujeros que hay en la taza?

— Para romper ó aprisionar la punta del arma del adversario.

— ¡Buena protección! ¿Es acero de Toledo?

— No : de Milán.

— ¿Me diréis quién os vendió estas armas?

— No he de hacer de ello un misterio, señores, — dijo Bernardo complaciente. — El año pasado, al pasar por Venecia, tuve ocasión de hacer un ligero servicio al mejor de los amigos de Pablo Veronese...

— ¿El gran artista italiano?

— Sí; y dicho amigo tuvo la bondad de manifestarme su gratitud entregándome antes de morir todo su patrimonio, que lo constituían esta espada y esta daga. Ya veis que me dió mucho más de lo que yo merecía.